

INTERIOR CHUBUT

El poeta de los versos claros

La poética de Juan Carlos Moisés es intimista y lúdica. Hace una especie de fábulas, trabaja cada palabra y quiere llegar a su gente. Vive en Sarmiento, un pueblo con menos de diez mil personas.

Diego Rojas

¿Qué se puede esperar de la lectura de un libro firmado por un tal Moisés? ¿Éxodos bíblicos y liberaciones? ¿Tablas de la ley y mandamientos? ¿Atravesares, a la sazón, de algún río Jordán? “Si yo lograra franquear el Río Senguer, que es el río de mi infancia y, por lo tanto, el de mi vida, me daría por satisfecho”, dice Juan Carlos Moisés, poeta, que acaba de publicar su nuevo libro, **Animal teórico**, por Ediciones del Dock.

Para cruzar el río Senguer será necesario entonces abandonar las grandilocuencias de Hollywood y a un Charlton Heston enojado y patriarcal, para sumergirse, en cambio, mediante palabras sencillas y precisas, en la poética intimista y lúdica de este vate singular y patagónico. Porque cada poeta tiene su propio río, un único y privado Jordán.

Moisés nació, se crió y vive en Sarmiento, un pueblo que no supera las diez mil almas. Un pueblo donde no existen librerías, donde casi todos se conocen. Ese entorno humano influye también en su poética. “A veces pienso que escribo poemas complicados para la gente de mi medio pero que son simples, a la vez, para los lectores entrenados. No he resuelto esa contradicción, de la que nace mi voz poética”, dice. Sin embargo, en ese pueblo tan chiquito Moisés no es “el poeta”. Ese espacio lo ocupa su tío, Andrés Gómez, que les cantó a sus habitantes en un tono tradicionalista. “Yo trato de pasar desapercibido, trato de desaparecer”, dice Moisés. No se refiere a su poesía, que es habitada por un ‘yo’ sencillo, un observador calmo, un emotivo y divertido narrador.

Algunos han dicho sobre la estructura de su poesía que se asemeja a la de pequeños cuentos. Esas narraciones requieren precisión en los ritmos, en las pausas, en las palabras. Moisés elige trabajar con las más frágiles, las mínimas. “He leído al Cortázar de **Cronopios**, **El mago** de Blaistein y a Augusto Monterroso”, dice, para hablar de su método. Método que interroga sobre los límites de la poesía. Aunque él también se interroga: “Porque la poesía, ¿qué es? ¿Idea, sentimiento, búsqueda del sentido? ¿O todo ello al mismo tiempo?”

El paisaje silencioso del valle chubutense toma presencia en su obra, pero evitando en todo momento una caída en el pintoresquismo. De esa manera, pajaritos y caballos y vacas y teros y flamencos pueblan su poesía, y no asistimos a una incontrolable oda panfletaria a la naturaleza. “Trato de utilizar los animales y el paisaje que me rodean para transmitir mis pensamientos. Me resulta inevitable. Ahora, mientras hablamos, pasa por mi ventana un gaucho montando, ¿qué otra cosa podría hacer?”

Hace fábulas, poemas protagonizados por animales que remarcan la contradicción humana de ser animal y construir razonamientos, ese equilibrio (o desequilibrio) particular. “La lectura de poesía teórica la llevan adelante profesores o poetas”, esgrime Moisés. Y él preferiría llegar, también, a otros públicos, a la gente. En otros tiempos se hubiera dicho: al pueblo.

En 1979, un poema de Moisés cobró fama en los círculos poéticos. En plena dictadura, el poema decía: “...esta lapicera no me sirve / esta lapicera escribe todo / menos lo que yo quiero / esta lapicera está hecha / para otra gente”. ¿Escribe hoy la lapicera de Moisés lo que él quiere? “Antes la realidad era más simple, los malos eran los malos, sabíamos quiénes estaban del lado de los buenos. Hoy las fronteras son más difusas”, dice Moisés, “tal vez por eso cierta poesía de los setenta no tiene actualidad. Es como en el fútbol: hablar de un partido terminado es una tarea que cualquiera puede realizar. Así, podemos hablar de los setenta, de los ochenta. Pero este partido lo estamos jugando ahora y es más complejo este juego, aunque intentamos hablar”, agrega. Moisés confiesa que le gustaría que su poesía ayudara a dilucidar algo de esta difícil realidad.

El primer libro lo entregó a la imprenta tres días después de que se lo propusieran. El segundo y tercero tardaron más. Desde la última vez, pasaron dieciséis años para que este apareciera. Es notorio el minucioso trabajo, un cincelado finísimo de cada palabra. “Con el tiempo uno se vuelve cada vez más exigente”, dice Moisés. Y trata así de cumplir uno de sus objetivos: que el poema sólo tenga el número de palabras que necesita. Para ello, tamiza las palabras “literarias”, se aleja del poeta sufriente, intenta ser “un antipoeta maldito”. “Creo en la emotividad que se da en ciertas palabras, aunque trato de no dejarme llevar hacia un extremo melodramático. Por eso uso el humor, la ironía, que combinan el espíritu crítico con el juguetón”, dice, desde la Patagonia, Moisés. “No hay que tenerle miedo a la emotividad”.

Siguen dos poemas: “*Mi antepasado fue un membrillo*” y “*Muertos amados*” (de *Animal Teórico*).
